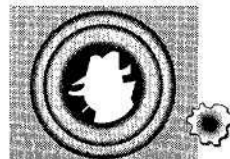


## LOS TIMADORES / Un caso de Tenderino

por J. Lugrán

Bajo



## Capítulo 1: La estafa

—¿Cuál es su nombre?  
—Mi nombre es usted — espeté a Piti, que sólo enrojeció un poco por la ira.

—¿Cuál es su nombre? — repetí.

—Mi nombre es Bajo, Tenderino Bajo. Soy detective privado.

El asesor del presidente se coló por entre mis piernas, corrió el pasillo y abrió las puertas del despacho de Presidencia, que se cerraron inmediatamente. Oí unos mugidos, como si el despacho presidencial fuera el de **Hormaechea** y sus toros sementales. Reconocí los mugidos. Imaginé claramente al presidente puñado por su muletilla «ummmm, ummmm, ummmmm». Las puertas se abrieron lo justo para asomar una mano temblorosa que me indicó que me acercara. Entré. **José Antonio García Casal**, «Piti», se encaramaba en un cenicero y se sentaba, con las piernas colgando, en la hendidura que hacen para apoyar los habanos. **Juan Luis Rodríguez-Vigil**, baja la testuz, las manos atrás, el paso firme, mugía peripatético por la habitación. Miré alrededor: banderas de Asturias y de España, gran mesa de despacho llena de «post-it», un teléfono arrancado, un retrato del Rey... lo normal. Lo normal y una vitrina con la maqueta de un velero con pequeño timonel. La figurita del timonel se me pareció a **Bernardo Fernández**, vicepresidente del Principado, que se movió discretamente por la borda, cojeando mínimamente, como todo en **Bernardo**. El Vicepresidente había abandonado las cortinas que habitaba cuando **Pedro de Silva** por un nuevo escondite. No le delaté.

El Presidente interrumpió su paseo dejándose caer sobre un sofá. Se oyó un quejido. No fue el aire del cojín, sino el bramido de un agente de la CIMA (Central de Inteligencia Minera de Asturias, la agencia de espionaje del SOMA-UGT), pero nadie le hizo caso.

—Tenderino, sé que usted sacó las castañas del fuego en alguna ocasión a **Pedro de Silva**. Ese sería motivo suficiente para que no le hubiera llamado, pero tengo que hacer una excepción en favor de los intereses del Principado.

—Me estoy aburriendo (un detective tiene que ser impertinente).

Se levantó y se asomó en el ventanal que mira hacia el Campo San Francisco. Empezó a hablar dándome la espalda:

—Tengo una lejana sospecha de que quizás exista la posibilidad remota de que, es posible, acaso que —mira qué buena está esa de la faldina azul... Tiene guapas hasta las amigas— hayamos sido estafados.

### EL INTERMEDIARIO

—¿Estafados? ¿Por quién?  
—Verá. Un intermediario español, **Juan Blasiches**, nos puso en contacto con un intermediario francés, **Maurice Leblanc**, que era intermediario de un saudí, **Mohamed Ali**, que quería construir una refinería de petróleo en



PABLO GARCÍA

Gijón. Un proyecto de miles de millones de petrodólares, de mil puestos de trabajo directos y cinco mil inducidos gestionados a través de la oficina de Londres del Jequebank. Todo fue hecho en la más absoluta discreción, pero con papeles verificados: tenemos poderes notariales de un notario francés, tarjetas de visita, copias del carné de conducir, fotos de primera comunión, teléfonos de oficinas en San Antonio (Texas, EE UU) donde acaban de poner en funcionamiento una refinería como la que habrá en Gijón, despachos en Madrid y Valencia donde se centralizaron las gestiones, avales de tres embajadas y dos cámaras de comercio...

—Y con todo eso, ¿por qué sospechan que puedan haber sido estafados?

—Porque después de firmar el primer protocolo y abandonar el Palacio de Gobierno, uno de mis guardaespaldas vio bajar al francés de mierda hasta el aparcamiento de la Escandalera muerto de risa. Dos minutos después, salió en un «Dyane 6» desvencijado, tras reventar la valla para no pagar.

—¿Dónde puede estar ahora?

—Volando.

—Menudo pájaro. ¿Hacia dónde?

—¿Quién lo sabe? Esta gente viaja continuamente.

—¿Qué más pistas tenemos?

—Aquí está todo —dijo extendiéndome una larga lista de nombres y teléfonos—. Es cuanto sabemos de él. Queremos que lo rastree con total discreción.

Sonó un teléfono rojo, el único que no había sido desconectado. El Presidente descolgó. Oí gritos al otro lado, aunque no pude entender qué decían. Sólo, cada ocho segundos, un grito más fuerte, «cagunmimanto», como si fuera una grabación. Un clic cortó la comunicación.

**Vigil** desabrochó el cuello de la camisa. Miró hacia **Piti** y dijo: «Villa nos envía a los entibadores». El asesor se desmayó y cayó dentro del cenicero.

Salí de allí sin entender muy bien qué pintaban los entibadores.

### LLAMADAS A MEDIO MUNDO

Crucé hasta mi despacho en la calle Toreno por el Campo San Francisco, entre un eco de megafonos de los trabajadores de El Aguila Negra y otro con los acordes del himno del PP. Cerveza y **Cascos**. En el portal no estaba **Sebastianón**, mi portero, que es un animal. Se ganaba un sobresueldo como miembro del servicio de orden del PP. En el despacho me puse manos a la obra. Despejé unos periódicos para llegar a unos papeles para poder tirar los restos del huevo frito de anoche que estaban sobre el teléfono, que era exactamente adonde quería llegar.

Miré la lista de nombres y teléfonos. Quizás habría que empezar por la oficina en Madrid de **Maurice Leblanc**, el intermediario del que nada se sabía. Una voz femenina recitó:

—Lavandería **Miñanco**, blanqueamos de todo, proceda de donde proceda.

—¿**Maurice Leblanc**?

—No es aquí.

—¿Está segura?

—Segura, fina y con alas. Aquí no hay ningún **Leblanc**.

Colgué y marqué el número de la oficina de **Leblanc** en París.

Una sugerente voz femenina dijo «aló». No era **Maurice Leblanc** sino una tal viuda de **Clicó** que me decía que estaba para bebérsela y añadía algo en francés de 24 horas, Rue de Lafayette y de tarjetas visa, american express, master charge etcétera. Por debajo de su conversación sonó un ladridito ridículo, de esos perro pequeños que van a la peluquería. Su insinuante francés aseguró que, por un suplemento, el perro también entraba en el juego. En todo caso, no sabía nada de **Leblanc**, aunque me decía no se qué de un tal «le noir», un nubio natural de Sodoma, me pareció entender.

El siguiente teléfono era el que figuraba como de San Antonio (Texas, EE UU). La gran refinería de petróleo recién inaugurada. Lo primero que me sorprendió fue oír la voz en español.

—Me diga.

—¿**Petrotexx**? ¿**Mister Thewhite**, presidente del consejo de administración?

—No, mano. Esto es la cantina «El frijol saltarín», comida mexicana, especialidad en tacos. Se reservan mesas. ¡Adelante, mariachi!

«Ayayayay, canta y no llores», empezó a sonar de fondo.

—Oiga, oiga. ¿No está ahí el señor **Thewhite**?

—Cállense los músicos — se

oyó un disparo y el estertor de un guitarrista —. Nadie ha reservado mesa con ese nombre.

—¿No estoy llamando a San Antonio?

—No, señor, pero está cerca. Nosotros estamos a 20 millas siguiendo el desierto en dirección Oeste. El pueblo se llama Pasocojito. Lindo lugar con una iglesia levantada por **Fray Junipero Serra** y esta cantina mía, señor, «El frijol saltarín», con especialidad en tacos.

—En mi tierra también somos especialistas en tacos.

—¿De dónde es usted?

—De Asturias (España, Europa).

—Pero si yo soy nieto de **Iñigo Noriega** por línea bastarda, señor. Qué bueno. Qué nostalgia.

Colgué. «Esto corre», dije mirando al teléfono. El reloj también corría. Se me había hecho tarde hablando con el mundo desde la calle Toreno. Eran las nueve y media de la noche. Todavía podía hacer una llamada más. La oficina de **Maurice Leblanc** en Valencia. No esperaba que saliese nada más que un contestador de oficina, pero hubiera sido suficientemente tranquilizador. Marqué. Sonó tres veces, descolgaron. Una voz femenina dijo:

—Hola, **Raffaella**.

—No, señora. Pregunto por la oficina de **Maurice Leblanc**.

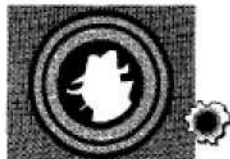
—No es aquí y no puedo atenderle más. Puede llamarme **Raffaella Carrá** y forrarme a duros; así que voy a colgar.

Click.

Continuará

## LOS TIMADORES / Un caso de Tenderino Bajo

por J. Luguán



### Capítulo 2:

# Un intermediario que vino de perillas

En el estrecho ascensor había un espeso olor a habano, que a las nueve de la mañana resultaba especialmente repugnante. Eso quería decir, inconfundiblemente, que el Consejero ya estaba en el despacho; así que no hice ningún caso a la secretaria cuando me preguntó adónde iba. El despacho estaba en penumbra. Sonaba un tango tristísimo. Detrás del puro había un bigote, detrás del bigote lo que quedaba de Víctor Zapico, el negociador con el intermediario español del intermediario francés del intermediario árabe que tan discretamente había firmado un protocolo para poner en marcha una refinería de petróleo en Gijón.

— Mi nombre es Bajo, Tenderino Bajo. Soy detective privado y estoy contratado por el Presidente — dije encendiendo la luz.

Zapico pestañeó. En la pared había un cuadro con dos billetes de lotería enmarcados. A la derecha, una boina y un cartel: «Esta boina fue arrancada al calvo sindicalista Antón Saavedra». Del rabo de la boina salía un mínimo objeto metálico, un micrófono, que decidí ignorar.

— Quiero datos de Maurice Leblanc.

— Es francés. Bueno, al menos habla francés. Quiero decir que habla español con acento francés.

— ¿Sabe usted francés?

— No.

— ¿Tiene usted piso en París?

— No, no, y mil veces no.

— ¿Tiene fotos de Leblanc?

— Estas. Aquí, con Juan Blasiches; aquí, conmigo; aquí, bebiendo champán. Aquí, pellizcando a Barbarella en el «Tits Star», bueno ésta no vale. Aquí, atusándose la barba.

En todas se atusaba la barba, incluida aquella en la que pellizcaba a Barbarella, observé.

— Aquí, con Juan Luis Rodríguez-Vigil. Aquí, una foto con Mohamed Ali que aportó como base documental. Al fondo se ve Marbella, detrás del morro del Rolls. Aquí, echando un pulso a Mohamed Ali. Aquí, comiendo en un restaurante en la Costa Azul.

Me fue dando una tras otra aquellas polaroid.

Sonó el teléfono. Zapico dudó. Cuatro llamadas. Al fin, descolgó. Su voz sonaba profundísima y triste:

— Ah, eres tú. Ya. Dime. Que nos ha tocado otra vez la lotería. Veinte millones. Ingrésalos. ¿Que parece que no me alegro? Estoy muy contento — dijo tristísimo antes de colgar.

Me llevé la mano al interior de la americana. El Consejero se cubrió con las manos y se quejó muy quedo:

— Sé que Vigil le envía para matarme. Sé que no le bastó con la nota aclaratoria en la que me inculpaba de todo.

Se encogió sobre sí. Yo saqué el cupón de la ONCE y lo froté



PABLO GARCÍA

sobre la espalda del consejero suertudo.

Me llevé la suerte para hoy y las fotos para mañana.

### DOS CENAS Y UN VÍDEO

El resto de las indagaciones telefónicas no me fue de ninguna utilidad. El notario de Francia que dio fe de los poderes del árabe al francés resultó ser una amabilísima pescadera de un pueblecillo de la campiña llamado Lamerde. Los teléfonos de las oficinas del Jequebank de Londres pertenecían en realidad a una tienda llamada «Do the bear» (Haz el oso) que vende ositos de trapo. No así Nueva York, aunque a la joyería Rosenthal no le hizo ninguna gracia que preguntara por árabes y desalojó a los clientes, sacó varias sacas de diamantes y cerró inmediatamente sus puertas creyendo que en realidad era una llamada con amenaza de bomba.

Pasé la tarde en casa observando el resto de la documentación y de las fotografías, ordenando datos, buscando por dónde seguir. Maurice Leblanc, Maurice Le-

blanc... Repetí ese nombre una y otra vez en la certeza de que lo había oído antes. Me miré varias veces en el espejo la punta de la lengua por si en ella leía la respuesta. Sentía que podía brotarme como un alien en cualquier momento. Repasé las fotos de Leblanc. Siempre la mano en la barbilla, siempre atusándose la perilla. ¿Por qué en todas las fotos? ¿Por qué aquí se atusa la perilla alta? ¿Por qué aquí se atusa la perilla baja? ¿Suben y bajan las perillas? La pregunta psicoestética del millón. Llamé a Ramiro Fernández. Me confirmó que las perillas son pilosidades estéticas estáticas. No cabía duda. El francés iba disfrazado. El perillán no tenía perilla.

Sonó el teléfono. Era Vigil, que quería saber de mis averiguaciones. Se lo dije todo. Comenzó a mugir por encima del martilleo de fondo. Le noté más desplomado que el techo del escenario del Campoamor. Apenas podía oírle por encima de aquel martilleo incesante.

— ¿Qué ocurre? ¿Está en un tablo flamenco de Torremolinos

con Gabino de Lorenzo?

— No — respondió — son los entibadores que me envió el SOMA.

No entendí a qué se refería, pero no le pregunté. ¿Quién entiende algo de la política asturiana? Si le pregunté algo:

— Usted dijo que Maurice Leblanc les había estafado. Lo que no explicó es cuánto.

— Dos cenas y un vídeo sobre los asturcones.

— ¿Seguro?

— Seguro, fino y con alas.

Empezaba a odiar esa respuesta. Pero sobre todo odiaba que me mintieran. Iba a colgar, pero él lo hizo impulsivamente antes.

Maurice Leblanc, Maurice Leblanc... Ya saldría.

La noche empezaba a oscurecer las copas de los árboles del Campo San Francisco y a iluminar las de los bares de Oviedo. Como los insectos, voy a la luz. Las chicas de la barra me llaman moscón. Pero eso no debe ser por la luz de las copas.

LEBLANC, LEBLANC...

Angel Escaso es un buen amigo. Es periodista, pero nadie es

perfecto. Quiero a mis amigos con sus virtudes y sus defectos. Entre sus virtudes está que compartimos la misma marca de whisky de malta y que él es el que paga.

— Sé que está pasando algo muy gordo, pero no sé qué. Daré con ello, ya lo leerás.

Me debo a mis clientes, al menos hasta que me pagan. No dije nada.

— Seguro que tiene que ver con esa inversión que llevan comentando desde hace meses que va a ser un caramelo. Debe de ser que está a punto de estallar.

«No sabes hasta qué punto», pensé.

— ¿Quieres una pista? ¿Qué sabes de Juan Blasiches?

— Que comercializa libros de esos que las empresas regalan en Navidad: «Asturias desde Camerún», «Asturias desdeñosa», ya sabes...

— ¿No es el del consejo de administración de Funesto?

— No, ése es el hermano.

— ¿Dónde se le encuentra?

— ¿Por qué le buscas?

— ¿Por qué tenemos que ser amigos un detective y un periodista, dos profesiones de preguntones?

— ¿Por qué te pones así?

— ¿Por qué lo dices?

Guardamos silencio, seguramente porque ya no teníamos ninguna pregunta nueva que hacernos. Bebimos un poco más de nuestra amistad. Pagó. Nos despedimos con un reto.

— El último que encuentre a Blasiches, «maricón».

— Vale.

— Oye, que llevo todo el día con ello en la punta de la lengua y si no lo descubro no podré dormir. ¿Maurice Leblanc que era? ¿Un actor de cine francés?

— No, burro, era el autor de las novelas de Arsenio Lupin, el más conocido ladrón de guante blanco.

Vigil sentiría pánico cuando se lo dijera. Yo sentía prisa por llegar a casa. Leblanc, un nombre también falso que lleva una clave para que quede clara la estafa. Leblanc. Ladrón de guante blanco. Leblanc, el blanco, traducido al macarrónico por un estafador que decía que hablaba perfecto castellano con acento francés. ¿Era francés o español? ¿O inglés? Leblanc. Thewhite traducido al inglés macarrónico en dos días. Thewhite era el nombre del director de Petrotex, la supuesta refinería de San Antonio (Texas, EE UU) que resultó ser una cantina mexicana de Pasocojito, una población fundada por Fray Junipero Serra en mitad del desierto. Un pueblecito de novela de «El Coyote». Monsieur Leblanc, o como diablos quisiera que se llamase, tenía un sentido del humor barato y un conocimiento torpe de varios idiomas. A Vigil le habían hecho un guión a su medida.

Continuará

**LOS TIMADORES / Un caso de Tenderino Bajo**  
por J. Lugrán



Capítulo 3

**Y un vídeo de asturcones**

Sebastianón, mi portero, que es un animal, estaba despierto en su cabina cuando llegué a casa.

—¿Cómo tan despierto, Sebastianón?

—¿Cómo tan dormido, don Tenderino?

No hice caso a su comentario y seguí hacia el ascensor. Sebastianón dijo a voces:

—Estoy vigilante hasta que lleguen los míos.

Eso sí que no, pensé. No puede haber alguien tan animal como Sebastianón sin estar en una cuadra.

—¿«Los tuyos»?

—Hay que estar vigilantes hasta que Aznar llegue a la Moncloa. Mire, aquí estoy leyendo una revista que me dieron en el partido. «Novedades Capitalistas de Moscú». Ahora se puede leer, no como antes. Tome, tome, que yo ya la he leído.

Me la lanzó enrollada.

«Novedades Capitalistas de Moscú. Órgano oficial demo-ortodoxo». Número 2. Titulares: Así se monta un escaparate. Manual para no eructar la Coca-Cola. Siga la dieta de la esposa de Yeltsin: «Así engordé quince kilos». El doctor Cabeza, eminente médico español, enseña a curar los sabañones». Ningún titular de portada, ni la rubia desnuda y morada fotografiada a orillas del Báltico, me interesaron. Pero un segundo antes de apagar la luz vi un pequeño suelto:

«Un alemán estafa al Ayuntamiento de Kerguedan».

«Vendió 4.000 pequeños caballos del norte de España cuyos excrementos contenían un elevado grado de plutonio».

No pude parar: «El ciudadano alemán unificado Mauritz von Weiss vendió 4.000 pequeños caballos llamados asturcones al alcalde de Kerguedan, Vladimir Tokomochov, alegando que sus excrementos contenían un elevado grado de plutonio susceptible de ser utilizado en centrales nucleares. Las deposiciones de esta peculiar raza caballar en un año podían abastecer de energía a toda la comarca hasta el año 2050. El alemán, que decía representar a empresas del mercado nuclear y tenía poderes para actuar en nombre de ellas fedatados por un notario de Bonn, presentó como prueba un vídeo VHS sobre los asturcones. El alcalde de Kerguedán dijo que el alemán Weiss no se había llevado de la ciudad más que dos comidas al estilo occidental y una matriotska como recuerdo. Esas fueron sus últimas palabras, segundos antes de morir atropellado por un tanque en manos de airados comunistas».

Von Weiss. Thewhite. Leblanc. Y un vídeo sobre asturcones. Tardé en conciliar el sueño, pero menos que Vigil.

**LA GUARIDA**

Mi «diga» salió arrancando telarañas de sueño.

—Hola, maricón.

—No, mire, no es aquí. ¿A qué número llama?

—Al tuyo, Tenderino, maricón. Soy Angel Escaso. Has perdido. Sé dónde está Juan Blasiches.

—¿Dónde?

—Primero di: «soy maricón».

—Eres maricón.

—No, yo no, tú.

—Tú eres maricón.

—Te advierto que cuelgo sin decírtelo.

—Soy maricón. Canta.

—Hay un almacén en la calle Almacenes Industriales. Un lugar polvoriento lleno de libros de regalo. En él hay una pequeña oficina, a unos veinte metros de la puerta. Es fácil llegar, de no ser por un matón que hay a la puerta, que sólo entra dos veces al día, cuando llega un taxi con la comida de un conocido restaurante ovetense con tantos tendores como tú no has usado en tu vida. El gorila es hijo de un empleado fiel de la familia. No sé si va armado, pero es posible que no le haga falta. Schwarzenegger parece su tía la soltera. Suerte.

—¿Cómo llegaste a dar con él allí?

—Soy periodista. Mis fuentes de información son sagradas como el Jordán.

—Escucha un momento a este maricón. Si ves a Victor Zapico, preguntale por el francés o por el moro.

Colgué. Sé que él llamó, pero yo no cogí más teléfono que el de la ducha. Llamé un taxi. No sé si recuerdan mi R-5. Yo nunca lo olvidaré. Me hubiera librado de él dándole un piadoso tiro en el motor, pero antes de que lo hiciera llegó Gabino de Lorenzo con una brocha azul en la mano derecha y otra amarilla en la mano izquierda, quitó todos los aparcamientos libres de la ciudad y no me hizo falta. El chatarrero se lo llevó en su grúa cogido por el cuello y desde entonces pago los taxis cada día más caros de esta ciudad para peatones.

El taxista llevaba la emisora puesta, insultaba al PSOE y adelantaba por derecha e izquierda. El taxista era taxista. Le mandé parar dos números antes del portón. Pagué la carrera (la carrera de su hijo, a juzgar por lo que costó) y fui andando hasta donde se encontraba el gorila. Realmente, en una jaula hubiera tenido una presencia más tranquilizadora. Al pasar a su lado le di un cabezazo entre los bolsillos. Hasta los tipos más duros tienen algo blando. Sonó como un campanazo. Estuve a punto de perder el conocimiento. El estuvo más allá de ese punto y se desplomó incrustándose sobre un Ibiza. Había maneras más elegantes de noquearle, pero no tenía tiempo. Traspasé el portón. Sólo entraba luz natural por un tragaluz polvoriento. La oficina estaba donde Angel Escaso me había indica-



PABLO GARCIA

do. Abrí la puerta con cuidado. Siempre me he comido los libros, pero nunca tanto como aquel duro y grueso ejemplar de «Asturias a ras», con todo su kilo y medio de papel couché.

**EL FUGITIVO**

Me tambaleé en ese momento que aprovechó Juan Blasiches para salir corriendo. Sólo pudo bordear una pila de libros hasta

chocar con una columna de ellos. Allí le recogí por el cuello de la americana. Me sequé la sangre de la nariz con su corbata y, agarrado por ella, le llevé hasta la oficina. Le puse al corriente:

—Mi nombre es Bajo, Tenderino Bajo. Soy detective privado. Conoce a mi cliente. No le diré quién es, pero usted sabrá deducirlo. No suelo tener mal humor, pero cuando me enfado soy muy

destrutivo — dije rompiendo la página 123 de «Asturias a ras»—. Adoro la cultura y los libros, pero creo que están hechos para los ojos, no para la nariz. Es el momento de que no haga el imbecil y conteste preguntas.

—S.

—¿Quién es el francés?

—Maurice Leblanc, creo.

—¿Dónde está ahora?

—Eso quisiera saber.

—¿Quién es el moro?

—Mohamed Ali.

—Eso es como si me dice José María.

—¿Allí no es apellido?

—«Todos nos llamamos Ali».

¿Dónde los conoció?

—En el casino de Santander. Una noche que perdí. Con ellos ganaría algo. Un intermediario internacional y un miembro de la realeza saudí podrían interesarle a Vigil.

—¿No se le ocurrió que podían ser dos estafadores?

—¿En un ambiente tan exquisito? Por Dios. ¿En Santander? No estábamos en un bingo benéfico, sino en un lugar donde la gente es de fiar. El jeque iba de incógnito, con su chilaba y sus gafas negras. Ese día no había llevado el «Rolls». El francés hablaba por él con acento francés y conducía el coche. El también iba de incógnito, al volante de su 850. Estaban buscando un lugar para hacer una gran inversión, una empresa petroquímica. Cuando has perdido seis millones que llevabas sueltos y se te presenta una oportunidad así, tienes que cogerla.

—Y los puso en contacto con Vigil.

—Así es. Vigil y Zapico fueron a recibirlos a un lugar donde nadie pudiera conocerlos y la discreción estuviera garantizada. Comimos en Arévalo (Segovia) en «El Cochinito Feliz», un restaurante chino-castellano-leonés.

—¿Mohamed Ali comió cochinito?

—Yo diría que con apetito.

—¿No se le ocurrió que siendo saudí no podía comer cerdo con aspecto de cerdo partido a platazos?

—Lo que importa no es que sea saudí, sino que sea príncipe. Los príncipes están por encima de todo en todas partes. Alrededor de príncipes y reyes siempre hay buen negocio. Son gente de fortuna. Se lo puedo asegurar. Habla usted como un paleta.

Le di la espalda y fui hacia el exterior por entre las columnas de libros.

—Es usted un paleta, Bajo. Y no soporto que un paleta me arrugue la corbata. ¡¡¡Laudelino, a por él!!!

Me tensé un segundo. No había peligro. Laudelino, incrustado en el Ibiza, era arrastrado por la grúa de Gabino de Lorenzo por estar aparcado sobre una amarillísima raya.

## LOS TIMADORES / Un caso de Tenderino Bajo

por J. Lugrán



### Capítulo 4

# ¿Quién sabe dónde?

¿Cómo haría usted si quisiera encontrar a alguien desaparecido? Yo hice igual con la inestimable (y cara) ayuda de **Charo Nestón**, actriz en un grupo independiente en el papel de joven y bella esposa abandonada. **Eliás Más Santamarina**, diseñador pirata, estudiante de la Escuela de Artes Plásticas y Oficios Aplicados, realizó unas estupendas falsificaciones del libro de familia, documento nacional de identidad y otras credenciales. El decorado corrió a cargo del grupo de «okupas» «Mikasa», subvencionado por la Dirección Regional de la Juventud, que pintaron, amueblaron e hicieron las veces de vecindario.

El equipo enviado por **Paco Lobatón** marchó encantado de las lágrimas desgarradoras de **Charo Nestón**. Un cámara le dijo que si su marido, aquel desaprensivo de perilla blanca y edad avanzada cuyas fotografías iba a conocer España entera, no volvía con ella, tal vez podrían verse algún fin de semana en La Rectoral de Taramundi, que había visto en un documental de La 2. **Charo** no se salió del papel. Raro. Suele estar salida. Estuvo a un tris de irse directamente con él y con el equipo entero, chófer incluido, a un fin de semana sur-occidental.

Yo me sentí incómodo por la treta, pero me pareció que el fin justificaba los medios de comunicación y, a fin de cuentas, el francés estaba desaparecido y era buscado por algo más que una mujer desamparada.

El miércoles vi a **Charo Nestón** representar perfectamente su papel, con lágrimas reales y sin que la cámara —encaramada al primerísimo plano— detectase en las yemas de sus dedos las manchas de «vicks-vaporub» que le habían provocado la llantina.

El francés abrió el programa y la primera llamada llegó tres minutos después. Se trataba de una mujer, afincada en Lugones, que dijo haberle conocido hacía un año con otro nombre, sin perilla y sin familia y que era un canalla pretencioso. Ahogada en el llanto no pudo continuar y colgó. El resto del programa fueron llamadas de distintos puntos de España que se dedicaron a insultar al francés. Al que menos, le había estafado diez mil duros. Hasta **Juan Guerra** llamó desde «La máquina de la verdad» para decir que aquel tipo, teñido de pelirrojo y vestido de llanisco, le había querido vender el bosque de Muniellos. A la vuelta del segundo corte para la publicidad, **Paco Lobatón** decidió que remitiría el caso a su compañero **Arturo Pérez Reverte**, director de «Código Uno», donde se trataba una temática más apropiada para un personaje de esa catadura y que se sabría más de aquel hombre el próximo lunes. Que, de momento, a **Margarita Landi** le sonaba de vista.



PABLO GARCIA

**Charo Nestón** había recibido una llamada de «¿Quién sabe dónde?» con dos buenas noticias: La primera, el teléfono y la dirección de la mujer que había llamado al programa indignada con el francés. La segunda, el teléfono y la dirección del cámara del programa que la había citado para el sábado en Taramundi. Tomé nota de lo primero.

### LA NOCHE MASOCAS

El tugurio se anunciaba con un neón intermitente. «Gomorra 2.000». Hoy, actuación de la fakiresa **Elvira Gandhi**. «La fabulosa **Elvira Gandhi** no se corta nada». A la derecha de las cajas con cascos vacíos de Coca-Cola y detrás del charco estaba la puerta de acolchado rojo, con pomo y clavos dorados. Entré. El «hall» era como un laboratorio fotográfico con su luz roja.

— Er vieho Tenderino vuelve a la caza que le vio naser.

— Y el Banco **Fali** sigue ganando dinero en las esquinas, repliqué al reconocer su voz.

— El día que en vez de chicas pueda poner cajeros automáticos me forro.

Le estreché la mano, un viejo hábito que siempre me había repugnado. Me pinché con la piedra de una de sus sortijas. **Fali**,

rufián en ejercicio, ex legionario, ex contrabandista, ex «paparazzi», ex incendiario a sueldo, ex bancario en Arousa.

— Zalez a «buscá».

— Pero no lo que piensas. Quiero hablar con **Elvira**.

— Attúa en una hora, pero podrá atenderte. No e de esa artista que tarda una hora en vettirse. De hesho no tarda ná, ja, ja, ja. (Era su sentido del humor) Pero é fakiresa y strip-teuze y ezo gutta musho a lo sádico, vel-la bailá por zobre crittale roto.

Pasé al camerino, que en realidad era el servicio de mujeres, a partir de cierta hora lleno de hombres.

Me presenté a **Elvira**, que estaba despeinada ante el espejo.

— La he oído en «¿Quién sabe dónde?». Quiero que me hable de él.

— Conozco algún cerdo con mejores costumbres.

— Antes de los adjetivos, qué le parece si me dice el nombre.

— **Mauricio Blanco**. Lo conocí en León, cuando yo actuaba en el «G. Point» con un espectáculo decente, con boa de plumas. Ahora estoy aquí y en locales de esta catadura por su culpa. Perdí mi oportunidad en el buen circuito porque me fugué con él sin avisar. Me dijo que era produc-

tor cinematográfico y que tenía un papel para mí en una película en la que yo era una joven chica de pueblo engañada por un canalla de arrabal.

— ¿Hubo película?

— Por supuesto, la dio el viernes pasado Canal Plus. Codificada. Si usted está abonado, habrá visto que soy la chica que jadea. Si no, habrá visto que soy la chica que hace «sgrubis-sgrubis».

— ¿En qué la engañó?

— En el género de la película. Prometiéndome alto presupuesto, exteriores exóticos, interiores lujosos y movimiento de masas. El único exterior que había en aquella habitación era el «poster» de una playa de Santo Domingo. Y lo demás, una manta de cuadros rojos y azules. Yo hice el papel de chica engañada. Me engañó por delante y por detrás, por arriba y por abajo. Al final, despechada, yo lo engañaba a él con todo un coro de pueblo. En lo del movimiento de masas no mintió.

Saqué las fotos y se las volví a mostrar.

— ¿Es él? ¿Está segura?

— Segura, fina y con alas.

(¡Oh, cielos!).

— El mismo **Maurizio Ilbianco**, productor y protagonista de «La promiscuidad no es para mí» —prosiguió, mientras barajaba

las fotos—. Aquí está con **Emilio**. El que va vestido de moro. «Emilio el moro», lo llaman. Es de Arriendas pero vive en Gijón.

— ¿Tiene su dirección?

— Sí. Avenida de Carlos Marx, 256, noveno zeta. Allí rodamos la película.

— ¿Y la de **Mauricio**?

— No, ésa no la tengo. Si la tuviera, estaría con ese canalla.

### «EL FRANCÉS», AL APARATO

El noveno zeta del número 256 de la avenida de Carlos Marx de Gijón era un sobreático en el que después de tres timbrazos no salió nadie a abrir. Mi llave maestra sabe latín y en dos minutos le da una lección a cualquier cerradura. El «hall» no tenía mueble alguno, el dormitorio sólo una cama, el salón presentaba una extraña decoración: un morro de Rolls Royce y detrás un enorme «poster» de Marbella. Reconocí el escenario, saqué la foto y comprobé que era en la avenida de Carlos Marx de Gijón y no en el pueblo de **Jesús Gil y Gil** donde «el francés» **Maurice Leblanc** y «**Emilio el moro**» habían sacado la fotografía que se usó de prueba documental entre las otras muchas que avalaban el proyecto de la refinería. El morro del Rolls era en realidad un mueble bar lleno de bebidas baratas, si es que existe tal cosa desde que entramos en la Comunidad.

Me serví un poco de Chinchón y esperé. Otro poco de Chinchón y otra espera. Chinchón y espera. Espera y Chinchón. Sonó el teléfono. Descolgué.

— Ummmmm.

— ¿**Emilio**?

— Ummmmmm.

— ¿Ya estás borracho a estas horas?

— Ummmmmm. (No, mentí, si es que se puede mentir haciendo ummmmm).

— Soy **Mauricio**.

Se me habría quitado la borra- chera de no ser por la pertinacia del Chinchón.

— Ummmmmm.

— Estoy en Asturias... Con un pelotazo de retirarse... Necesito tu colaboración una vez más para una pirula a **Gabino de Lorenzo**. Esta noche donde siempre. Despeja y ya hablaremos.

Colgó. Festejé la llamada final con un Chinchón. Sentado en el morro del Rolls y apoyado contra un fondo de Marbella sentí que me entraba algo de sueño. Saqué la pistola. Un tipo dormido con una pistola impresiona más que un tipo dormido sin una pistola. Además, así evitaba chuparme el dedo. Sentí que tenía un ciego importante. «Un ciego con una pistola», me dije recordando a **Chester Himes**. Quizá fueran instantes o unas horas después cuando me despertó una puerta que se abría y una voz que cantaba inconfundible y ebria «Ta saliéndome muy caro, cortexar en El Entrego».

Continuará

## LOS TIMADORES / Un caso de Tenderino Bajo

por J. Lugrán



### Capítulo 5

# El francés sobrevuela Oviedo

Cuando le vi en el umbral de la puerta del salón, apreté bien la pistola con la mano derecha y con la izquierda apreté el interruptor que encendió la luz. Lo cegué más de lo ciego que venía, pero debió ver la pistola porque paró de cantar y se quedó clavado en el suelo.

— **Emilio el moro.** Bienvenido a casa, dije con una voz mucho menos sobria de lo que hubiera querido.

— Bien hallado. ¿Puedo sentarme?

— Está bien así.

— Muy bien no. Estaría mejor si este sobreático parara un segundo de moverse.

— **Mauricio Blanco.**

Soltó un hipo que le hizo tambalear la cabeza y empezó a cantar. Le paré en la segunda estrofa de «Vite baxar por el monte». En ese estado no le podría sacar gran cosa.

— Vamos al baño.

— Vale, vale, que la sidra ye muy meona.

— No vamos a mear. Vamos a ducharnos.

— ¿Tú y yo? Ni borracho.

— Tú y esta pistola, dije abriendo el grifo del agua fría de la ducha.

— En la ducha siempre canto, advertí.

— Sobreviviré, dije empujándole.

Era verdad. Pero el agua fría le congeló «Fartástemme a panoaes» enseguida.

Lo saqué.

— ¿Enfría esto tu vocación lírica?

— «No lu hay más polesu que yo»

Lo volví a meter. Un elepé después estaba en condiciones.

— **Mauricio Blanco.**

— Formule otra pregunta, por favor.

— ¿Dónde quedáis siempre que viene a Asturias?

— Enatiaja.

— ¿Dónde?

— ENATIAJA, repitió desesperado.

Tuve que sacarle de la boca el cañón de la «Star», que tan bien le hacía hablar y tan mal pronunciar.

— EN LA TINAJA, COÑO, EN LA TINAJA.

— Más bajo, si no quieres que te haga una caries.

— En la Tinaja, un bar de la ruta del vino. Pero llegas tarde. Son las once y media de la noche y ya se habrá ido. Siempre quedamos a las once en punto.

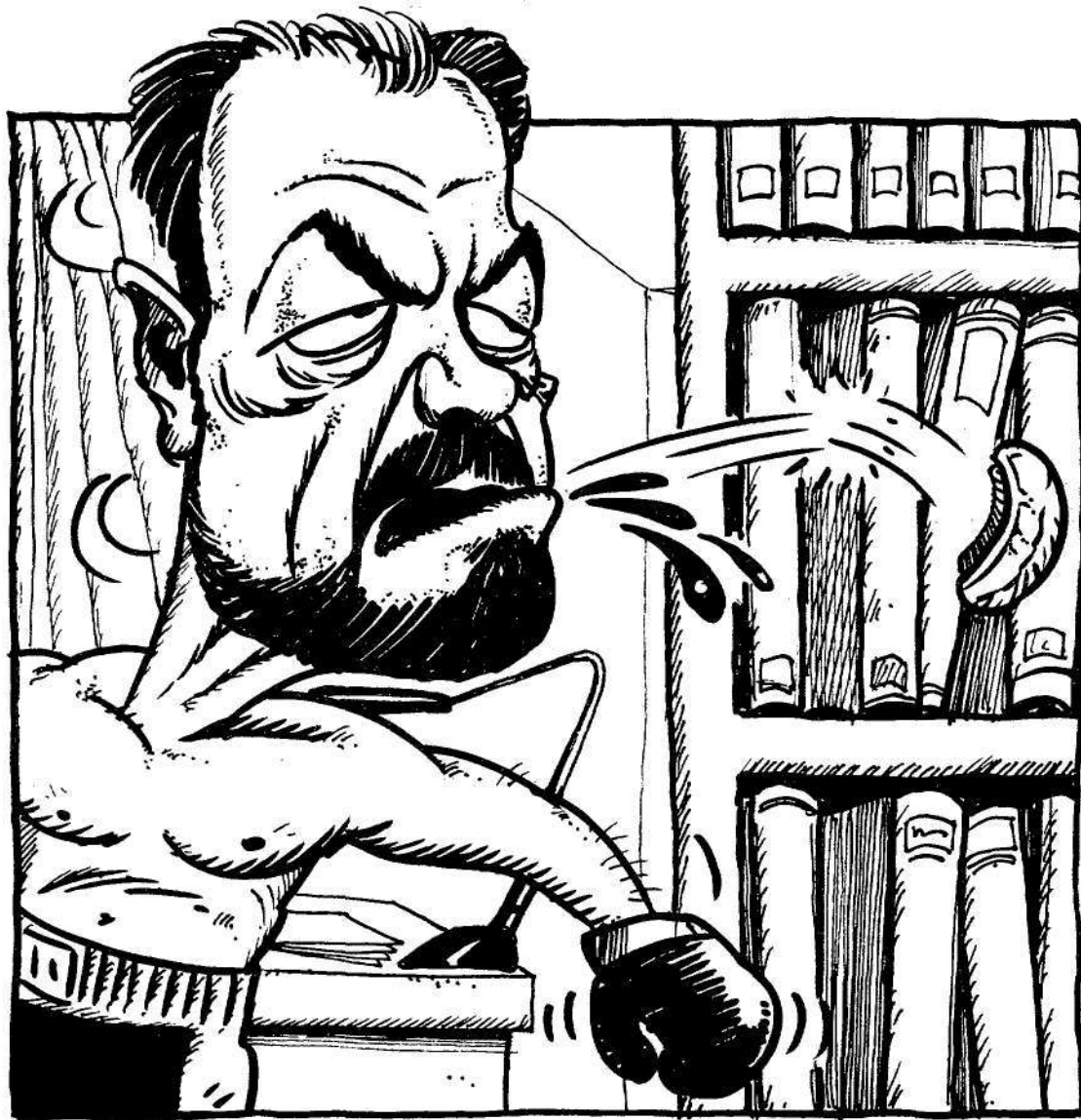
Sonó el teléfono.

— Coge, si es él dile que estabas tan borracho que no podías ir. Que venga aquí.

Volvió a sacar la voz de borracho y cumplió con todas mis órdenes. Pero **Mauricio Blanco**, «El francés», no estaba dispuesto a ir a casa de «**Emilio el moro**».

— De acuerdo... pues quedamos mañana, le dijo **Emilio**.

Le arrebaté el teléfono de las manos. Al otro lado, la voz de



PABLO GARCIA

**Mauricio** dijo: A las doce en punto, en la Alcaldía de Oviedo. Vete vestido con gafas negras, cazadora de cuero negra, corbata de colores, camisa estampada, pantalón de cuero negro y botas negras y picudas de **Springsteen**. Hablarás con acento de Madrid.

Colgó.

Lo dejé atado al morro del «Rolls» mueble-bar. Antes de marchar, le di a beber una botella de Soberano. El escogió la bebida.

— La noche va a ser larga y quiero cantar tonadilla.

Cerré la puerta y así logré aplacar aquellos berridos que entonaban «Yo soy ésa».

### OVIEDO ESTAFABLE

Madrugué para comprarme el disfraz que **Mauricio Blanco**, «El francés», había encargado a «**Emilio el moro**». Salí de punta en negro de los grandes almacenes, hecho un rocker. Fui andando, la única manera de desplazarse en Oviedo, hasta el Ayuntamiento, a las once de la mañana. Así disponía de tiempo para informar a **Gabino de Lorenzo** de que iba a ser víctima de una estafa y para preparar la celada.

Ahora en Oviedo no se puede usar el coche salvo para salir de la ciudad. Han cerrado calles, restado carriles, aumentado las aceras. El poco espacio que queda para circular está pintado de azul y cuesta dinero. El resto lo

ocupan las furgonetas que aparcan delante de los huecos que les marcan las señales de «carga y descarga». Han leído bien. No en los huecos, sino en segunda fila, delante de ellos. No sé para qué han asfaltado, si la idea es que los coches no circulen. Podrían haber dejado tierra para hacer más cómodo el paseo a pie. En realidad, no. Han asfaltado hasta la pista finlandesa...

Al llegar a la plaza de la Constitución vi a **Enrique Fernández**, jefe de protocolo, al que había conocido en mis casos anteriores cuando ejercía el mismo cargo para **Pedro de Silva**. A pesar de sus grandes ojos, no me vio. Quizá no me reconociera debajo del disfraz. Se puso a mi altura y caminé a mi lado hasta la puerta del Ayuntamiento, doble hoja de acero. No la empujé. Sencillamente pestañeó con sus grandes ojos y saltaron las dos como si las hubiera reventado de una patada un comando de geos.

Subimos las escaleras casi a la par. De un pestañeo levantó la falda de una funcionaria que iba seis escalones por delante. Sonrió mirando para mí, me guiñó un ojo en señal de complicidad masculina y me saltó las gafas.

Me tapé rápidamente los ojos para que no me reconociera. Le oí pedir perdón mientras apretaba el paso. Reconstruí el disfraz para presentarme ante el Alcalde. No conocía a **Gabino de Lorenzo**, pero sí el Ayuntamiento. Con el anterior alcalde había hecho mi

primer trabajo, años atrás. Querían asesinarle en un Día de América en Asturias, a los pocos meses de llegar al cargo. Nunca entendí por qué. Entonces aún no había motivos para hacerlo. También le libré de un chantaje.

Pregunté a un ordenanza por **Gabino de Lorenzo** y me respondió:

— Ah sí, usted quiere ver a **Rodolfo Sánchez**.

— No, no, a **Gabino de Lorenzo**.

— Bueno, ya, a **Rodolfo Sánchez**. Don **Rodolfo**, este señor quiere verle.

Un tipo rubio y alto me preguntó qué deseaba.

— Deseo hablar con **Gabino de Lorenzo**. Tengo cita.

— ¿Cómo se llama?

— Mi nombre es Bajo, Tenderino Bajo. Soy detective privado.

### UN DERECHAZO

**Rodolfo Sánchez**, asesor del alcalde de Oviedo, me miró de arriba a abajo:

— No sé si ahora podrá recibirle...

— No sé si podré esperar, dije cogiendo la puerta por la que había entrado.

— Aguarde.

Marcó un número de teléfono y habló con el despacho de la Alcaldía:

— Sí, ya sé que estás en el entrenamiento, pero dice que se va... De acuerdo...

Se dirigió hacia mí:

— Sígame.

Abrió una puerta lateral que llevaba al despacho de la Alcaldía.

Una voz gangosa dijo:

— Enseguida estoy con usted, en cuanto acabe con éste.

El tipo que habló llevaba barba rojiza, tenía los ojos ligeramente saltones. Lucía un calzón en el que se leía «Club de Boxeo Ensidesa» y unos guantes de boxeo. Tenía la guardia alta. Frente a él, **Enrique Fernández**, con su traje azul, daba saltitos demostrando un buen juego de piernas.

**Gabino de Lorenzo** le lanzó su mejor golpe, un derechazo, pero **Enrique** lo esquivó con una buena finta de cintura sin mover los pies del suelo. Vio un hueco en el rostro del Alcalde, pestañeó con fuerza y el pestañeo golpeó en medio de la mandíbula a **Gabino de Lorenzo**, que giró la cabeza. Su protector bucal saltó y fue a chocar contra el cristal de la biblioteca. **Enrique** aprovechó para pestañearle fuertemente el hígado al Alcalde, con guños de izquierda y derecha. **Rodolfo Sánchez** corrió a colocarse detrás del Alcalde y delante de **Enrique**. Vi que hacía al jefe de protocolo una señal claramente perceptible. Había visto alguna vez eso en combates profesionales. Significaba «tongo», un «vete a la lona en el próximo asalto».

Sonó la campana. Cada uno fue a su esquina. El Alcalde a su silla, tras la mesa de despacho. **Enrique** al sofá de invitados. **Gabino de Lorenzo** aprovechó el descanso para dirigirse a mí:

— Acabo con él ahora. Este no me dura otro asalto.

Me recordó a **Legrá**, el de las declaraciones fanfarronas, no el de las carcajadas de la plaza «Tutti Frutti», el programa de Tele 5.

Sonó de nuevo la campana.

Bailaron un poco, se cruzaron algunos golpes y pestañeos. De pronto, **El Güeyos** falló uno de sus guños, que silbó en el aire, a unos cuatro centímetros de la ceja del Alcalde. Eso lo dejó descubierto. **Gabino** le alcanzó con la izquierda un golpe neto en la nariz y lo tiró a la alfombra. **Rodolfo Sánchez** empezó a contar hasta diez, saltándose el tres, el cuatro, el cinco y el seis, y yendo del ocho al diez. **García** abrió un ojo con sorpresa y su mirada golpeó la espinilla de **Rodolfo**, que ocultó un quejido y dijo diez, alzando el brazo derecho del Alcalde.

**Gabino de Lorenzo** empezó a saltar:

— El león de la plaza del Carbayón ha vuelto a ganar. Usted es Bajo. Hablemos, dijo yendo a su rincón y quitándose el sudor con la toalla. Dejados solos.

**Enrique García** salió y cerró la puerta.

— He dicho solos.

**Rodolfo Sánchez**, sorprendido, abandonó el despacho.

Continuará

## LOS TIMADORES / Un caso de Tenderino Bajo

por J. Lugrán



### Capítulo 6

# El mayor espectáculo del mundo

— ¿Tiene algún gran proyecto en marcha?, dije a **Gabino de Lorenzo**.

— Sí, pero no se lo voy a decir. No sé si usted trabaja para el Ayuntamiento de Gijón.

— Trabajo para el Gobierno del Principado.

— Peor aún.

— Ahora mismo estoy trabajando para usted, aunque vaya a cobrar del Principado.

— Empieza a gustarme de lo que habla, porque no tengo un puñetero duro. Ya los gasté todos.

— Repito la pregunta. ¿Tiene algún gran proyecto en marcha?

— El más grande, el que llevará el nombre de Oviedo a todos los canales de televisión del mundo, incluido Tele 5, mi favorito. El mayor espectáculo del mundo. La sorpresa universal de la década. Mejor que **Michael Jackson**, mejor que **Bruce Springsteen**, mejor que **Tina Turner**, mejor que **U2. The Beatles**, en Oviedo.

— No me diga más.

— No le he dicho lo mejor. **John Lennon** aceptará ser nombrado hijo adoptivo de Oviedo.

— **John Lennon** ha muerto.

— Mi más sentido pésame. ¿Lo han dado las emisoras?

— Lo mataron hace 13 años a la puerta de su casa en el edificio «Dakota».

— Cómo está la inseguridad ciudadana. Otra cosa será con **Ruiz Gallardón** o **Martín Villa**.

— ¿Cómo se llama el representante que vino a ofrecerle el espectáculo?

— **Maurício Branco**, es un brasileño instalado en Miami que se relaciona al más alto nivel. Por doscientos millones de pesetas el espectáculo es nuestro, con **Lennon** o sin él.

— No me ha entendido. Se trata de un estafador internacional. No hay **Beatles**. Me debe 200 millones de pesetas.

— ¿Cómo sé que lo que me dice es verdad? He quedado con él dentro de 30 minutos. Por cierto, me ha fastidiado la entrega de premios de un campeonato de rana en el bar de un militante del PP, así que espero que no me mienta.

— Mire. Yo ahora saldré. Usted recibirá a **Maurício Branco** o como quiera que se llame. Yo entraré inesperadamente y le detendré, puede estar tranquilo. ¿De acuerdo?

— De acuerdo, pero si me miente, o si se ha equivocado, o si me levanta el concierto Gijón, le asfaltaré, le pintaré rayas amarillas y azules, le arrastraré con la grúa por toda la ciudad, le ataré al escenario cada vez que cante en Oviedo **Manolo Escobar**.

— No corro ningún peligro.

— Eso espero.

Cogió el teléfono y dijo:

— **Rodolfo**, aún tengo veinte minutos. Cómprame media docena de toros y manda pasar al cuadro flamenco de «**La Rabanilla** y **Manolo Macarrón**».

Salí diciendo «Olé».



PABLO GARCIA

### UN BRASILEÑO EN MIAMI

Me metí en el despacho de Izquierda Unida. **Roberto Sánchez Ramos**, «**Rivi**», leía a **Heidegger** para una intervención en un pleno. Ni preguntó qué quería. Por la puerta entreabierta vi salir al cuadro flamenco y la mano de **Gabino** dándole unas monedas. La cantora se ofreció a leerle la mano. Segundos después, **Rodolfo Sánchez** apareció acompañado de un hombre vestido de blanco de pies a cabeza, tocado con un sombrero panamá y bronceado a lo «julioiglesias» y llamó con los nudillos a la puerta del alcalde.

Cuando entraron me acerqué a la puerta y arrimé el oído.

— Pois a la firma do documentu entragara la comisao do sincu por sientu pra o intermediente. Aquí teño a pruma pra que vosé firme.

Entré. Se dio la vuelta y sólo de un reojo dije:

— Presentou a o meu soçio espanhol, **Emilio Roque Ron**, que fará as gestoes próximas.

Saqué la pistola y dije:

— **Maurício**, quiero verte los sobacos.

Me hizo caso y puso las manos arriba. No obedeció con los pies. De un salto se lanzó contra la silla donde estaba **Gabino de Lorenzo** y, de no haberse interpuesto **Rodolfo Sánchez**, se habría parapetado detrás del alcalde. En aquel barullo de cuerpos, me quedé fuera de tiro. Cuando salté hacia él, él ya había saltado por la ventana. Cuando llegué a la ventana —después de tropezar primero con el asesor y luego con el alcalde, **Maurício Blanco**, «el francés», ya cojeba camino de la calle Jesús. Preferí perder tiempo por las escaleras a perder las dos piernas por la ventana.

Al llegar a la ferretería El Peso, **Maurício** ya estaba a punto de desembocar en la calle Fruela. Apreté la carrera. Frente al francés pasó una grúa municipal y él saltó a la cabina, sacó al operario de un empujón y subió Rosal arriba con el acelerador en el suelo.

Yo lo más que logré fue desmontar a un motorista de una pizzería que acababa de cometer

cuatro infracciones habituales con su vespino. Los coches abrían paso a la grúa, sabedores de que últimamente el Ayuntamiento ya coge los coches hasta en marcha. Di gas a golpe de muñeca y esquivé varios coches. Giró por Santa Susana, donde logré ponerme a su altura. Con una mano llevaba el manillar del vespino. Con la otra le apunté a la cabeza. Con una mano me mostró su dedo corazón obsesivamente rígido. Con la otra, dio un volantazo hacia la moto.

Vi una lápida con mi nombre escrita en la pared de la Cámara de Comercio.

### VUELTA CELERICA A LOS ORIGENES

La pared de la Cámara de Comercio se quedó un pedazo de mi pantalón y algunos jirones de pantorrilla. Recuperé el equilibrio y el control de la vespino unas seis eses extrañas después, al embocar Campomanes. Siete peatones después, la grúa en la que huía el enloquecido **Maurício Blanco** se saltó en rojo los semáforos de Campomanes con Arzo-

bispo Guisasola y Marqués de Gastañaga.

El gancho de la grúa penduleaba peligrosamente, como el anzuelo de un pescador gigante. Picó con **Agustín de Luis**, jefe de la Policía Municipal, que estaba cambiando una señal de dirección prohibida. Colgado del gancho por los correajes, le quedaron las manos libres para sacar la pistola y apuntar hacia mí, según él lo veía, un rockero de punta en negro subido en una vespino de repartidor que perseguía sañudamente a uno de sus hombres de la grúa. Esquivé dos balas, una de un caderazo en la moto. Otra, porque «el francés» giró hacia la calle Oscura y **Agustín de Luis** dio un giro de carrusel, rematado en un brinco mortal cuando la grúa subió el escalón de la calle peatonal.

Logré esquivarle de milagro. Me arrepentí de haberlo hecho porque desde el suelo aún me disparó dos veces. Una de las balas pasó rozándome una oreja. La calle Mon era cuesta para los dos. Para su vieja grúa de gasoil y para mi vespino infractora. Al remontarla volvimos a ir a la par. En la curva de la calle Santa Ana perdió el control —en parte por la bala que le metí en la rueda izquierda delantera—, salió a la plaza de Alfonso II y fue a estrellarse contra la instalación de «Origenes» ante la Catedral.

Fue el fin de la carrera.

En el suelo, el francés, alemán, estadounidense, italiano, brasileño y español estafador de la refinería que nunca fue, pestañeaba como loco y hundía la cabeza contra el asfalto para poner un centímetro de distancia entre el cañón de mi Star y su sien.

Dejé a la Policía el resto. Vino el propio **Manuel Ponga Santamarta**, delegado del Gobierno, a hacerse cargo del asunto y de «el francés». A pesar de eso, no se les escapó. «EL francés» resultó ser un ex actor de un grupo independiente vallisoletano de los años setenta llamado «Cucarachas», que quería significar con su nombre la realidad negra y sucia de la época. Cuando iba a dar el salto al teatro comercial, la crisis del teatro se agravó. Cuando decidió abandonar sus aspiraciones al teatro comercial para dedicarse al cine, el Ministerio de Cultura dejó de subvencionar películas. Cuando logró hacerse amigo de **Carmen Maura** para rodar una película con **Pedro Almodóvar**, la actriz se enfadó con el director. Entonces decidió crear su propia compañía con **Emilio el Moro** y también su propio libreto y cobrar la representación en comisiones y no sobre subvención o taquillaje. A **Emilio el Moro** lo detuvieron en su casa de Gijón tan atado como lo dejó yo. Había logrado alcanzar una botella de cava y fue trasladado a Comisaría en un coche celular cantando habaneras.

Concluye mañana

**LOS TIMADORES / Un caso de Tenderino Bajo**  
por J. LUGRÁN



## Final, solitario y triste

Cuando fui a informar a **Juan Luis Rodríguez-Vigil** comprendí por qué **José Ángel Fernández Villa** había enviado los entibadores al palacio de Gobierno. Habían levantado un cadalso ante las escaleras de palacio.

En el pasillo ya no encontré a **José Antonio García Casal, Piti**, que luego supe que había sido condenado a las calefacciones de palacio con un contrato temporal para los cinco meses de invierno y un confinamiento en sótanos hasta final de legislatura.

**Juan Luis Rodríguez-Vigil** estaba de espaldas a la puerta haciendo una maleta.

—Espero que el cadalso no funcione.

—No lo hará. He conseguido que **Villa** se aplaque al proponerle una empresa de fabricación de cadalsos (CADALSA) para el polígono de Riaño, con un enorme potencial para países del Tercer Mundo en los que no se respetan los derechos humanos. SO-DECO iba a entrar en el negocio, que recolocaría a 50 entibadores.

—¿Dónde irá ahora?

—Me han encontrado un puesto de delegado regional de la oficina de patentes de Ciudad Real, ummmm, ummmm, ummmm. Volveré a la clandestinidad. Puede empezar a llamarme «compañero Timoteo». Hoy da todo la prensa, aquí, justo encima de ese titular de «Cascos desmiente toda relación de parentesco con los Cascos Azules».

—La política tiene estos riesgos.

—No tema, sobreviviré.

—Así lo deseo.

—Por cierto, puede pasar a cobrar... ¿Sabe? Habría sido buenísimo. La mayor inversión jamás conseguida. Mil puestos de trabajo directos y cinco mil inducidos. Tres veces más que lo de **Silva**, sin que se le hubiera ocurrido a **Villa** y sin que mediara **Aranzadi**. Es legítimo que un presidente sueñe con eso.

Cerré la puerta al salir.

Cobré.

No volví a ver a ninguno de ellos. Bueno, a uno sí. Siete meses después, el 21 de diciembre, cayó el «gordo» en Doña Mencía, un pueblo de Córdoba. Una sola persona consiguió mil quinientos millones de pesetas. Se llamaba **Víctor Zapico Zapico**. En la fotografía del periódico aparecía terriblemente deprimido.

FIN

### Epílogo a la segunda edición

Cuando apareció la primera edición de «Los timadores», último caso de Tenderino Bajo, las críticas no pudieron ser más demoleadoras, hasta el punto de que **J. LUGRÁN** empezó un largo silencio literario y se planteó asesinar en un episodio suelto y de una manera estúpida (arrollado por las cuentas del «Transcantábrico», por ejemplo) a Tenderino Bajo, un personaje al que llegó a odiar.

Sin embargo, la edición francesa obtuvo un éxito arrollador.



PABLO GARCÍA

«Les escrocs» fue Roman Noir 1993 y portada de «Lire». Para esa edición, Maurice Leblanc perdió su nacionalidad de francés y fue convertido en belga, lo que aseguró la comercialización en Francia y la indiferencia habitual en Bélgica.

**Paco Ignacio Taibo II**, novelista del género, lamentó la visión que se da de los mexicanos en el episodio en el que Tenderino llama por teléfono a la cantina «El frijol saltarín» en Pasocojito (Texas, EE UU): «Ese cretino de LUGRÁN piensa como un gringo».

**Celestino Suárez**, vicesecretario general de la Federación Socialista Asturiana, presentó en el Juzgado número 3 una demanda contra **J. LUGRÁN** por plagio. Según alegó, el parecido entre la trama de «Los timadores» y el llamado «timo del petromucho» era más que evidente y perjudicaba los intereses del PSOE, que

tan bien había ideado esta «trama artera y astuta, urdida por personas frías y calculadoras».

«Los timadores» no pudo sustraerse de los parecidos con ese caso. En crítica de LA NUEVA ESPAÑA, **Pedro García Francisco** dijo: «Esta obrilla ridícula, que se inspira en la realidad, no logra superarla, algo intolerable en toda ficción. En cambio, **Juan Benet**, en «El aire de un crimen»...»

Ni siquiera el estilo se salvó. En el mismo suplemento, **Adolfo Camilo Sesto** escribió: «En «Los timadores» **J. LUGRÁN** dexa a Chandler y quedase sin ná.»

Cuando **Manuel Ponga Santamarta**, delegado del Gobierno, declaró «a mí este serial me gustó mucho y me parece de lo mejor escrito en Asturias desde «La Regenta», que no he leído pero creo que está muy bien», **J. LUGRÁN** intentó ingresar en el convento

de Valdediós sin ser aceptado «por lo imperdonable de «Los timadores», según el superior de la congregación.

**Gabino de Lorenzo Ferrera**, alcalde de Oviedo, dijo: «Reí mucho esa estupidez de que iba a contratar a «The Beatles» y nombrar hijo adoptivo a **John Lenon**. Ese tipo de ironías bobas me hace gracia. Al final demuestran mi gestión de eficacia y de dar a los ovetenses lo mejor. En esa línea, el día de San Mateo actuará **Elvis Presley**, el rey del rock, que está por encima de ese «jefe» que traen otros».

**Maurice Jean Lauze**, según consta en un acta notarial sellada, datada y firmada en Suiza, hizo constar su admiración por «**Mauricio Blanco** (alias) **Maurice Leblanc** (a) **Maurício Branco** (a) **Maurizzio di Bianco**, (a) **Mauritz von Weiss**, (a) **Maurice Thewhite** como hombre de negocios».

## La directiva de ASEAVA defiende a su presidente en la polémica con Mieres

Oviedo,

Francisco GARCÍA

Ramón Menéndez Martínez, miembro de la junta directiva y delegado de prensa de la Asociación de Criadores de la Raza Asturiana de los Valles (ASEAVA), defendió la gestión del presidente de esta entidad, Alfredo Vázquez, cuya dimisión se pidió días atrás desde el Ayuntamiento de Mieres por decidir trasladar a Cangas del Narcea la celebración del concurso nacional de ganado de esta raza, que en los últimos seis años se celebró en la capital de la comarca del Caudal.

Menéndez Martínez manifestó que «la honradez del presidente de ASEAVA está por encima de toda duda y nadie puede decir que está dirigiendo la asociación desde un prado, porque está en cuantas reuniones y compromisos en se le requiere». El directivo de la Asociación de Criadores de Raza Asturiana de los Valles señaló que la junta de gobierno «está integrada por nueve personas que funcionan de una forma democrática y que someten a votación todas sus decisiones, en las que el presidente es uno más».

Ramón Menéndez reconoció que la decisión de trasladar la celebración del certamen a Cangas del Narcea se había debido al peso dentro de la asociación de los ganaderos de este municipio, aunque reconoció que Mieres «ha celebrado el certamen durante seis años con todas las garantías; con una organización perfecta y un trato excelente a los visitantes y a los participantes. Además tiene la ventaja de encontrarse en el centro de Asturias, con una red de comunicaciones que permite un rápido desplazamiento de toda la región y del resto de España».

El directivo de ASEAVA reconoció que «es imposible contentar a ambas partes, aunque en las decisiones tomadas se buscó la imparcialidad, sin atender a cuestiones personales. Lo más importante de todo es la raza de asturiana de los valles. De su subsistencia, mejora y asentamiento somos responsables todos, desde el presidente al último de los socios. Siendo consecuentes y persiguiendo este fin, debemos anteponer cualquier interés comercial y turístico por el bien de esta raza de carácter internacional».

Ramón Menéndez declaró que su «opinión personal» es que el concurso nacional «se siga celebrando en Mieres, puesto que el traslado a Cangas del Narcea muchos participantes de la región no asistirían al incrementarse los gastos al pagarse un bajo importe para los desplazamientos. El concurso podría perder entonces en interés y calidad, aunque también entiendo las razones manifestadas por los ganaderos de Cangas del Narcea».